

Galería de personajes. El ‘virutas’ pasea a su perro

José María Becerra Hiraldo
Catedrático de Lengua española

El hombre vive de alquiler en un piso protegido de renta baja. Separado o descasado, echado por Antonia de su casa de san Juan de los Reyes. Vivió en Haza Grande, vivió en el Albaicín alto. Vive ahora en el Albaicín bajo, en la calle Correo viejo. A su madre la ha utilizado para conseguirse el alquiler. Ahora que su madre, la castañera última de la calle Elvira, murió, se resigna a vivir en esa casa. Paga poco, son cuatro vecinos. Sitio escondido y frío en invierno. Si se calienta con una estufa, se ve celeste para pagar la luz. En Cáritas se la pagan a veces. Echa solicitudes en el Ayuntamiento, donde trabaja un primo suyo, un tal Illescas, para que no le corten el agua.

No tiene prisa. No come. No bebe. ¿Para qué? Tiene una tos imposible. Siempre que puede se fuma un cigarro, si es posible un canuto. En Hospitalicos dan leche, pollo, garbanzos y lentejas, los jueves.

Se dedica a pasear el perro. Lo lleva atado con una cuerda casera. Al anterior perro lo llamaba ‘virutas’, mote que le decían a él porque siempre fue carpintero, carpintero fino. Cuando ‘el virutas’ ya estaba ciego y sordo, lo llevaba a patadas. Alguien le dio dinero para llevarlo a la perrera y coger otro. Es el que lleva ahora. Dice que se llama ‘machín’, aunque ni se mueve ni canta ni ladra, pero le hace compañía. Es lo único que tiene desde que se murió Indalecia, su madre.

Tiene pensión. Cuatrocientos setenta euros. Conseguida por él, en sus años de trabajador en Mallorca, de mantenedor en hoteles, de monitor en la cárcel de Granada, enseñando carpintería a los presos. De allí lo echaron por pasar marihuana, a pesar de la cercanía manifestada con los reclusos, la utilidad de sus enseñanzas, lo manitas que era. Le trabajaba a don Luis. Entraba en el Carmen de los Ochoa. Hacía bargueños, mesas; ponía zapatas, revestía techos, de todo. Hasta que le embargaron las herramientas, hasta que lo echaron de su casa, entre la mujer, el hijo, la nuera y el ‘sursum corda’.

La única que lo quería era su madre. Indalecia estaba ya vieja, cobraba una pensión no contributiva, tenía acogido a Manuel. Manuel decía de su madre que era una bendita. Su madre decía de él que no se fiaba mucho en los dineros. Ella tenía una habitación y Manuel dormía en el comedor con el perro. El váter estaba en un chamizo a ras de patinín. Cruzarlo en invierno era cortar el frío. Quedaba adosada una pequeña habitación para la cocina. También daba al patio. La vecina de arriba se quejaba de las sardinas humeantes, de los ladridos del ‘virutas’ cuando

joven, de las regañinas de Indalecia. Manuel no gritaba, la vida lo había amansado. «Pa qué, mire Ud.». Con la reforma de la casa por parte del Ayuntamiento, la habitabilidad había aumentado, el agua metida, los cables de la luz nuevos, fachada revocada. Con la muerte de la madre, la habitación para él y el perro. Incluso el seguro de muertos le había devuelto dinero por el crematorio de la madre. Junto a Haza Grande, cerca de la primera casa había echado las cenizas. A veces se atreve a subir al barrio y le dice piropos a la mujer. Le recuerda los buenos garbanzos tostados que vendían padre y madre en la calle Cetti Mariem. En cucuruchos. Calentitos. A gorda la tongá. Después paseaba uno por la calle Elvira, a buscar mocitas.

Manuel se arrastra pesadamente por los adoquines de la calle Elvira. Pasa por ‘Casa de todos’, donde su padre se murió de repente en el mostrador. Choca con santa Rita en los curas. Echa una mirada de desconfianza a los poderes de la santa. Tropieza con la esquina de Gregorio, donde desayuna su prima, otra emparentada con el Ayuntamiento que ni lo mira ni le hace ningún favor. Roza por los ‘encantes’. Mucho cuento y mucho latón viejo, donde engañan a los anticuarios. No quiere entrar en el estanco. No quiere fumar más ni tiene dinero. Ahí están los poderosos del banco de España. No tiene ganas de remediar su penuria. Arrastra los pantalones, hoy atados con cuerda a la cintura. Resopla, jadea. A la carbonera le dice cositas. Ya está vieja y se conocen de muchos años. En la esquina de Correo viejo se para. No puede más. El perro tira, pero aguanta. Ve pasar coches, bicicletas, las piernas blanquitas de una americana camino del español moderno. Pasan dos japonesas con sus máquinas de fotos, pasa una mora con su tapujo, pasa su hijo Manolo. Pasa el suspiro, pasa la nada.

Digibug: <http://hdl.handle.net/10481/49518>